

Las memorias de Neruda

Por Ignacio Valente

"Confieso que he vivido" se llaman las memorias de Neruda, un volumen de quinientas páginas publicado en forma póstuma por la Editorial Seix Barral en Barcelona. Es un libro sumamente desigual, que interesa cada vez que asume un tono narrativo, biográfico y anecdótico y aburre cada vez que se pone considerable o se extiende en descripciones de lugares y circunstancias. Yo diría que el resultado es muy inferior a las memorias poéticas de Neruda, es decir, al conjunto de los poemas de perfil biográfico que se encuentran diseminados por toda su obra.

Desde el primer momento de esta historia se hace presente la identificación visceral del personaje con la naturaleza, su arraigo telúrico, su residencia terrestre: "Bajo los volcanes, junto a los ventisqueros, entre los grandes lagos, el fragante, el silencioso, el enmarañado bosque chileno... Se hunden los pies en el follaje muerto, crepita una rama quebradiza, los gigantesos raulitos levantan su encrespada estatura, un pájaro de la selva fría cruza, alista, se detiene entre los sombríos ramajes. Y luego desde su escondite suma como un oboe... Me entra por las narices hasta el alma el aroma salvaje del laurel, el aroma oscuro del boldo..." Se diría que este viajero impenitente, este trotador de mundos que fue Neruda, no salió nunca de la agreste naturaleza del sur chileno, que vivió siempre afincado en su contorno original.

Se diría también que jamás superó el nivel de la experiencia sensorial primaria. No recuerdo a ningún gran escritor que haya vivido tan profundamente inmerso en la materia pura, que haya alcanzado el nivel de este espeso materialismo práctico. Esa es la gloria de Neruda, y también su límite más radical. Todas las páginas de estas memorias confirman la abrupta clausura del poeta en el sueño mineral, en la vida vegetal, en la animalidad. Su experiencia erótica, por ejemplo, raramente alcanza el nivel afectivo, y mucho menos el espiritual: está siempre cerrada en la densa materialidad primordial de la cópula. Su vocación de coleccionista de objetos, de caracoles; su aptitud como catador de texturas materiales, de consistencias físicas; su sensibilidad gastronómica; todo revela en él, al hilo de estas memorias, un cazador pero de sensaciones.

Un hombre así debía desembocar naturalmente en la filosofía del materialismo dialéctico. Neruda se confiesa del todo ajeno a sociología y abstracciones ideológicas, y en verdad el pensamiento no fue nunca su fuerte. Nunca razonó como un marxista, porque nunca razonó; su marxismo es vital: consiste en esa fidelidad total a la experiencia sensorial, que encontramos en la teoría del joven Marx. Esto explica también su absoluta impotencia para abrirse a cualquier forma de trascendencia. Pocas veces se había visto, en la historia de la literatura, a un alto más elemental y puro, a un hombre más ajeno a todo principio de espiritualidad. Sus memorias, en este sentido, tienen algo de sofocante y de inhumano; son la expresión de una animalidad primaria ajena a todo vuelo moral.

Pero también se hace presente en estas páginas la inconsecuencia de un marxista cuya voca-

ción natural era la vida del gran burgués. Gran luchador de la causa proletaria y de las ideas autocriticadas de progresistas, el poeta se mantuvo siempre lejos de toda forma de trabajo productivo, siempre sumergido en la prosperidad vital del buen comer, del buen dormir, del buen vivir. Esta facilidad burguesa se acentuó con el correr del tiempo, perjudicando sin duda su propia poesía, que se resintió de blanda y complaciente, de fácil y satisfecha, de retórica. Por habérselo reprochado yo ari me dedica en alguna página de estas memorias una mención crítica, un reproche que, a pesar de ser delicado y caballero, no deja de confundir los términos, fingiendo que yo le decaba dolores y miserias, cuando mi objeción fue muy distinta: se limitaba a desearle el dolor intrínseco de toda creación auténtica, reprochándole la facilidad satisfecha con que componía las enormes cantidades de sus últimos versos.

El problema de fondo de estas memorias reside en que el autor, dueño de una gloriosa imagen de sí mismo, queda siempre bien. La crítica es para los demás. La Mistral aparece aquí como una gran rencorosa, y Huidobro como un enredador y un envidioso superlativo. Neruda, en cambio, es el perdonavidas. El libro abunda en expresiones como ésta: "Pero cada uno tiene su debilidad. Yo tengo muchas. Por ejemplo, no me gusta desprenderme del orgullo que siento por mi inflexible actitud de combatiente revolucionario". Todos los defectos del poeta se arreglan de modo que aparenten excelsas virtudes. Aunque pareciera lo contrario no hay la menor sombra de autocrítica en estas páginas, que tienen mucho de justificación.

A propósito de justificaciones, las de sus errores políticos son sumamente alambicadas. La "sombría noche de Stalin" y el engorroso asunto del XX Congreso comunista —la denuncia de los horrendos crímenes del dictador— se despachan con unos pocos párrafos de terror. "Algunos sentimos nacer, de la angustia engendrada por aquellas duras revelaciones, el sentimiento de que nacíamos de nuevo. Renacíamos limpios de tinieblas y del terror, dispuestos a continuar el camino con la verdad en la mano". En verdad no se le puede pedir objetividad al poeta en estas materias. Hablamos de Rusia adopta siempre un tono beatito, como de farsa. Su apología de Moscú, de las maravillas del socialismo realizado, es ciega y sorda; todo lo disculpa, todo lo comprende y justifica en nombre de la verdad superior de la revolución.

Se ha dicho que las últimas páginas de este libro, que tratan de la caída de Allende, no pudieron ser escritas por el poeta, ya al borde de la muerte; que habrían sido escritas por una mano extraña. No lo creo así. Un examen estrictamente literario de esas páginas confirma el carácter absolutamente nerudiano de su estilo. Estoy seguro de que las escribió él: llevan su impronta inconfundible. Estas páginas encendidas de denuncia y escándalo cierran un libro sumamente desigual, obra importante de consulta para los estudiosos de la poesía de Neruda, pero, para el lector común, obra inferior a la expectativa natural que produce el anuncio de una autobiografía del gran poeta.

Las memorias de Neruda [artículo] por Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las memorias de Neruda [artículo] por Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile